

A black and white portrait of a woman with dark, wavy hair, smiling slightly. She is wearing a dark top and a necklace. The portrait is positioned on the left side of the page, partially overlapping the text area.

MEMORIA DE ANA DELINA

HACE 70 AÑOS PUESTA COMO CIMIENTO FIRME DE LA BASILICA HUMANA

1952 – 2022

Diario +Miguel Ángel Builes – 1

8 de marzo de 1952 (Delegación Ana Delina)

Día trágico, día de inefable dolor, día de lágrimas para mí y para mi naciente comunidad de las Hijas de la Misericordia. Se me estruja el alma y las lágrimas acuden a mis ojos ante el cuadro verdaderamente macabro que hube de presenciar.

Era la 1 de la tarde. Con mi Canciller entré al convento a dar el saludito diario a las 19 monjitas y a las dos superioras presentes, madres Bienvenida y Georgina de Santa Teresita. No estaban en el convento porque habían salido al huerto en busca de agua. Sin demora salí hacia el huerto y al abrir la puerta me encontré con las primeras Hermanas que venían, pálidas de terror por el eminente peligro de que acababan de escapar al caer un eucalipto gigantesco muy cerca de ellas. Apenas sí podían hablar. Ya un poco repuestas las bendije; y creyendo que ninguna desgracia había ocurrido a las monjitas, me disponía a salir para el palacio cuando llegó un obrero jadeante y morado de espanto, y me dijo:

- Señor obispo, una monjita muerta bajo el árbol.

- ¿Muerta? le pregunté espantado.

- Muerta, me replicó, muerta, Señor Obispo. Volé casi de un salto los 50 metros que nos separaban de ella. Levantamos las ramas que la cubrían, y cuadro dantesco: en la cabeza el golpe mortal, la rodilla derecha doblada en actitud de genuflexión, la izquierda pisada por robusto brazo del árbol, y entre cinco palos de acacia ya crecidos, incrustado el cuerpo, la mano derecha extendida, la izquierda comprimida sobre el busto, la cabeza desgonzada sin tocar el suelo y fluyendo de su oído izquierdo un copioso surtidor de sangre. La absolví y mi Canciller la absolvió igualmente. Tomé en mis manos su cabeza empapada en sangre, abrí sus párpados y...sus ojos vidriosos y la pupila dilatada me mostraron que ya no había vida. ¡Mi hijita Ana Delina había muerto! Con mi Canciller y dos obreros logramos arrancarla de entre las acacias en que se había incrustado y la subimos al convento en medio de los gemidos de dolor y las lágrimas de sus Hermanas sorprendidas con el grito de un obrero: una monjita muerta, madre, una monjita muerta.

